

Cartas desde el noveno piso

El hospital de la novena tiene una particularidad: las ventanas no se abren. Como si quisieran que nadie respire más de la cuenta, o peor, que nadie escape.

La visito cada martes, justo después de las cinco, cuando el pasillo huele a desinfectante barato y los enfermeros ya están demasiado cansados para preguntar quién soy. "Miércoles, doña Elvira tiene visita", grita uno. Pero es martes. Siempre es martes.

Mi abuela me espera sentada, en la cama contra la pared, la única que aún conserva una sábana limpia. Entre las manos tiene su cuaderno de siempre: forrado con papel de regalo y bordes gastados por los años.

—¿Hoy también escribirás por mí? —me pregunta sin mirarme.

—Hoy también, abuela.

Abro el cuaderno y ella comienza.

CUENTO 1: "La mujer que tenía palomas en el cuerpo"

Nadie la veía llegar. Un día apareció en el río, desnuda, cubierta de plumas grises. Decían que era una bruja o una santa, según la hora del día. En realidad, era una mujer que había visto cómo mataban a su hijo. Desde entonces, cada madrugada, una paloma le nacía en el pecho. No hablaba, pero cuando caminaba, las palomas la seguían.

Un capitán del ejército quiso atraparla. La llamaron "símbolo subversivo". Pero cuando la tocaron, las palomas comenzaron a picotearse entre sí. Murieron todas. Ella también.

—¿Eso lo soñaste? —le pregunté.

—No, lo viví.

La miro, como cada martes, con la duda temblando entre los dedos. ¿Está delirando? ¿Está recordando?

CUENTO 2: “El hombre que sembraba fuegos”

Cada noche caminaba los bordes del pueblo con una linterna apagada y una bolsa de fósforos. Dicen que incendió más de cinco casas de narcos, pero solo cuando los niños ya dormían en otras casas. Cuando lo capturaron, lo hicieron desaparecer. Y el fuego volvió, pero esta vez, nadie lo pudo controlar.

—Ese era tu abuelo —dice.

—¿El papá de mi mamá?

—El otro.

El martes siguiente volví. Pero la cama ya no tenía sábanas limpias. Ni estaba ella. Ni el cuaderno. Pregunté. Nadie respondió. No estaba en listas, ni en traslados, ni en fallecidos. No estaba.

Pasaron semanas. Me senté a escribir en mi computador, desde la memoria, desde las palabras que se quedaron flotando como sus palomas imaginarias.

Publiqué el libro con su nombre.

Y cada vez que alguien me preguntaba si era ficción o realidad, decía:

—Ambas cosas. Como la vida de los que sobreviven.